

Woody Allen hace confiar al no informado espectador en unas posibilidades cómicas a las que la película no responde. Hay humor, sí, pero utilizado hábilmente, como un dato más que ayude a entender la tragedia de aquellos hombres de cine, interrumpidos en su trabajo por el fanatismo y la estupidez de un senador y sus secuaces. ■
DIEGO GALAN.

"El último guateque"

Que una primera película contenga elementos autobiográficos, parece ya clásico. Pero que esos elementos estén al ser-



"El último guateque", de Juan José Porto.

vicio de una historia o una dramaturgia que machaque u olvide la posible importancia de esas vivencias o esas reflexiones autobiográficas, es menos frecuente. No obstante, esto creo que le ocurre a "El último guateque", primera película dirigida por Juan José Porto. Entramézclando recuerdos superficiales de su juventud —Porto debe andar ahora por los treinta y tantos—, esta película quiere recuperar igualmente facetas exitosas de películas ajenas, cuya relación podría establecerse entre "Verano del 42", "American Graffiti" y "Lucecita", el famoso serial radiofónico, también llevado al cine. Incluso, siendo un poco severos, podría decirse que lo que finalmente pesa en "El último guateque", lo que de verdad acaba teniendo alguna importancia es esa relación de sentimentalismos falsos y baratos que concentran la historia en un folletín de los años cincuenta.

¿Por qué Porto no se ha exigido un mínimo rigor? ¿Por qué se ha empeñado en "politizar" su película con frases metidas con calzador y no se ha plantea-

do más seriamente la situación política de sus personajes? ¿Cómo puede querer hacernos creer que una torpe historia de amor —por muchas referencias reales que tenga con alguna situación auténtica— puede sintetizar las frustraciones, las represiones, las dificultades y la amargura de la generación a la que pertenece? ¿Cómo puede pensar que a estas alturas el folletín —que no el melodrama— puede servir realmente para contar con seriedad algo?

Otra cosa distinta es entender "El último guateque" como tal folletín y prescindir de sus posibles intenciones críticas. En ese caso, "El último guateque" está falto de imaginación, de desmadre, en definitiva. Porto podía

haber hecho una espléndida película de humor, para unos; de tristeza, para otros. Pero se ha quedado en un punto intermedio. Y es lamentable. Porque los planteamientos previos de su película ofrecían mayores esperanzas. Que probablemente concrete en su siguiente título. ■ D. G.

MUSICA

Un pianista para escuchar

Según un criterio taxonómico tan válido —o tan inválido— como cualquier otro, la fauna de los críticos musicales puede dividirse en dos grandes especies: la de los críticos que oyen más conciertos de los que reseñan y la de los que reseñan más conciertos de los que oyen. No entraré en cuál de las dos es mejor o peor, porque si empezamos a hacer públicas disquisiciones

de ese tipo acabarán poniéndonos un Ministerio de Ética. Diré, pues, únicamente que circunstancias de pluriempleo, amateurismo no sé ya si vocacional o resignado, falta de espacio y —¿por qué no decirlo?— propia holgazanería, me han mantenido en el primer grupo, lo que a varias personas y entidades les ha valido para descalificarme como comentarista musical. El asunto la verdad es que me daba igual, pero ahora hay una cosa que me empieza a dar escrúpulos, y es que —me temo— estoy pasando a formar parte de un tercer grupo, el de los críticos que ni oyen ni reseñan conciertos.

Y podría salir del apuro diciéndoles a ustedes que lo que ocurre es que no hay conciertos que merezcan la pena de ser oídos y reseñados, pero les diría una mentira, porque sí que los hay. Por lo menos, que merezcan la pena de ser oídos. Y esto me mueve a escribir sobre dos conciertos que ha dado en Madrid André Watts, pianista americano nacido en Nuremberg de madre húngara —¡menuda pieza para los deterministas geográficos!—. Dos conciertos —un recital con Schubert, Chopin y Ravel, más Liszt de propina, y una actuación, en el ciclo de la Nacional, con el cuarto concierto de Beethoven— que de no ser por los escrúpulos que mencioné antes no comentaría.

Porque he de reconocer que, si les diera mi opinión de simple espectador, les diría que me divertí mucho con André Watts, y santas y buenas con eso, que no es poco. Pero si me pongo a ejercer de crítico, la verdad es que no me va a quedar más remedio que dar la otra cara de la moneda y decir, muy a mi pesar, que André Watts me disgustó.

Para solucionar la aparente contradicción sólo se me ocurre poner un ejemplo. Es como cuando uno se cruza por la calle con una señora estupendísima: lo que se debe hacer en ese caso es respirar hondo y, con el ánimo renovado, seguir adelante. Porque si uno es más audaz, se pasa y la convence para que vaya con él a una **bolte**, un suponer, probablemente descubra que la tal señora es medio boba, tiene un novio pandero de la tuna o insiste en hacerle bailar a uno la rumbita flamenca. Y si el cazador no se retira ante semejantes peligros y todavía perservera, acabará por concluir que la señora no está tan estupendísima al fin y al cabo... o incluso, tal como están los tiempos, que ni siquiera es una señora.

Bueno, pues algo así es lo



André Watts.

que ocurre con André Watts. De primeras, uno se queda atónito ante sus habilidades, y piensa que está ante un auténtico fenómeno, un monstruo de la técnica. Luego, si trata de racionalizar esa impresión, es decir, si se pone en plan de crítico, empieza a ver que la cosa tiene su trampa; que André Watts, sí, conecta fácilmente con el público —pero uno, desgraciadamente, ya no es el público—, que André Watts es espectacular y comunicativo... pero que también se le pueden poner pegas. Sacrifica muchas cosas a la brillantez; hace unos rubatos muy cursis; corre que se las pela sin tener por qué; sus muy cantadas virtudes son, en buena parte, **tics** para ganarse al auditorio; pisa el pedal como si fuera el freno de un autobús; aporrea no pocas veces el piano; emborriona las frases, etcétera, etcétera. Más aún: si se persiste en seguir analizando, se acaba por concluir que ni siquiera tiene esa técnica tan fabulosa; no es que le niegue dotes, libreme Dios: simplemente digo que no las tiene todas, y lo que sí que tiene es aún muchos problemas por resolver.

Pero... ¿Qué quieren que les diga? La verdad es que, a fuerza de sincero, me vuelvo a la impresión del espectador. Con los conciertos de André Watts se divierte uno casi tanto como se aburre con la mayoría de los restantes. El señor Watts está para escucharle, no para buscarle las vueltas, de la misma manera que las señoras estupidas están para cruzarse con ellas sin intentar mayores acercamientos. Que todo, en profundidad, resulta una decepción.

Sólo me falla la comparación en un punto, y es que el cruce con la señora dura escasos segundos, y un concierto, aunque lo dé un pianista tan amigo de la velocidad como Watts, dura dos horas. Quizá por eso resulte Watts mejor con orquesta que solo, porque con orquesta nada más interviene lo que dura su parte, y así resulta más fácil que se mantenga la ilusión. Por